

Justo de la Cueva Alonso



Las tribulaciones de «Sor Intrépida» y los traidores gilís

Para los que hace veintiséis años estrenamos las carreras ante el tanque de agua de la pasma en la calle de San Bernardo será siempre «Sor Intrépida». Por culpa nuestra, de los revoltosos de Derecho. Franco le cesó de ministro de Educación. Ahora los cachorros amamantados a los pechos de Franco, los fascistas reciclados de demócratas en la Monarquía nazi-fascista del Rey que Franco nombró, los Martín Villa, Rosón, Fraga, Carro, Robles Piquer y «tutti quanti» le han dado la patada.

Las tribulaciones de «Sor Intrépida», la tragicómica andadura de la votación de Ruiz Giménez como nonato Defensor del Pueblo, son una esplendorosa lección de costumbres.

No es una novedad, por cierto, ni debe sorprender a nadie, que los nazi-fascistas de siempre actúen así. No se pueden pedir peras al olmo. De la misma forma que es absurdo pedir que el fascista Porta, bien conocido como «hombre de la porra» en la Universidad franquista, haga en el Mundial de fútbol otra cosa que un cúmulo de incompetencia, despilfarro, estupidez, ostentación hortera y fracaso, es absurdo pensar que el sempiterno franquista Rosón o el Martín Villa colgado de la teta del presupuesto estatal desde hace un cuarto de siglo o el que en mi curso llamábamos «el tonto del curso» (Pérez Rodrigo hoy reciclado como Pérez Llorca) actúen de otra forma que como nazi-fascistas.

Lo aleccionador de las tribulaciones de «Sor Intrépida» está en otra parte. Está en el comportamiento de los traidores que, además, son gilís.

Porque está mal ser traidor. Está mal rebañar los votos del pueblo, los votos de la clase obrera para después ponerlos al servicio de los enemigos de esa clase y de ese pueblo, pactando con esos enemigos, abrazándose con ellos, participando del mismo pesebre que ellos. Está mal usar los votos obreros para votar leyes contra los obreros, Estatutos contra el trabajador, Presupuestos contra el trabajador, O para firmar capitulaciones, rendiciones, ventas vergonzosas de los derechos de los trabajadores como los Pactos de la Moncloa, el AMI o el ANE.

Todo eso es obvio que está mal. Que está feo. Que es indigno.

Está mal traicionar. Ser traidores.

Pero lo que riza el rizo, lo que le pone a uno los pelos de punta, es que estos traidores son además gilís. Que es como en mi natal barrio del «Chambe» madrileño abreviamos el mas sonoro título de gilipollas.

Y sin embargo, hay que jorobarse todos los días viendo en la caja tonta o escuchando por la radio neofranquista en-

trevistados por el nazi-fascista reciclado del Olmo o leyendo en los papeles la estúpida autosatisfacción de los traidores gilís: Camacho y Redondo, Redondo y Camacho; Felipe y el Guerra, el Guerra y Felipe. El monaquillo Santiago. Toda la tropa, en fin, de traidores gilís. Contentísimos de sí mismos. Satisfechísimos. Riéndose como la hiena. Presumiendo de lo listísimos que son. De lo hábiles que son. De cómo ellos sí que le han tomado las medidas «al Capital».

Y día a día «el Capital» les deja con el culo al aire. Porque no hay día sin que les incumplan un pacto. No hay día que no les engañen. No hay día en que no salgan quejumbrosos diciendo «nos han mentado», «esto no es lo que nos habían prometido», «esto no es lo que habíamos pactado». Estos traidores pactan por lo bajini. A escondidas. Del rincón en el ángulo oscuro. En recoletos reservados de lujosos restaurantes. A espaldas de la clase obrera. Firman en el aire sus pactos traidores garabateando la equis con sangre obrera. La clase obrera paga el pato (a la naranja) y el pacto. Y luego el Diablo (el Capital) ni siquiera cumple su parte. Roma no paga a los traidores. Y menos a los traidores gilís.

Lo de «Sor Intrépida» ni siquiera es lo último. PSOE y PCE cambiaron la salvación parlamentaria del fascista cuñadísimo de Fraga director de la cosa televisiva por la promesa de sacar electo a «Sor Intrépida». Pero es que ahora nos hemos enterado de que en el ANE había otros, además de los ya descubiertos, pactos secretos que también ha incumplido el Gobierno. Nos lo han contado los traidores gilís al lloriquear el incumplimiento.

Todo esto es repugnante.

Para definir el socialismo bastan dos palabras. Igualdad y diafanidad. Lo opuesto a la opacidad de la sociedad capitalista que necesita vitalmente mentir sobre sí misma, ocultar en el secreto y la manipulación informativa la espantosa verdad sobre su sistema de explotación es, precisamente, la transparencia, la diafanidad, la política de puertas abiertas, las casas de cristal, la claridad y la sencillez, el llamar al pan pan y al vino vino, la honestidad, la veracidad, la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace.

Por eso está claro que esos del PSOE no son socialistas. Son los traidores gilís. Los lacayos del Capital, los mamponeros del régimen nazi-fascista del Rey que Franco nombró.

La lucha contra la explotación capitalista, la lucha contra la dominación, la lucha contra la injusticia, exigen muchas otras maneras. Otros métodos. Donde no caben el pacto secreto ni la traición. Ni la gilipollez.